



# Sobre la Aduana Nueva

**C**UANDO en Roma se deseaba afrentar a un enemigo político ya fallecido, y por lo tanto inofensivo, el Senado decretaba la "Damnatio memoriae", una práctica que implicaba la "condena de la memoria", es decir, la destrucción de sus imágenes, de las inscripciones que lo recordaban, de los monumentos que le hubieran sido dedicados e incluso, en los casos extremos, la prohibición de mencionar su nombre bajo fuertes castigos. Este instrumento de la pasión política, en el fondo de una primitiva ingenuidad, se aplicó a no menos de treinta emperadores y a otros muchos personajes de primera fila. Que entre ellos figuren hombres de tan profunda huella histórica como Alejandro Severo o Diocleciano es suficiente para comprender el nulo éxito que a la larga tuvieron estas iniciativas dictadas a medias por el rencor y por el miedo.

De lo que no hay noticias en la largamente centenaria historia de Roma es de una Damnatio Memoriae mantenida durante tres décadas y que alcanzara el paroxismo cuando el simple paso de los años empezaba a diluir el recuerdo del afectado. Menos aún, de una condena que hiriera no sólo al personaje y a su obra política, sino también a todo lo que pudo hacerse, construirse o proyectarse en su tiempo. Esta ampliación del efecto y la extensión de la Damnatio Memoriae quedaba reservada a España y a nuestra alucinante generación y permite, entre otros muchos lamentables efectos, que algunos puedan considerar que el haber sido construido durante el franquismo es suficiente causa para justificar la destrucción de un edificio que en cualquier parte tendría ya consideración de histórico. Muchas voces autorizadas se han alzado en estos últimos meses en defensa de la Aduana Nueva de Cádiz, pero entre tantas merece destacarse la del historiador y académico Francisco Ponce Cordones, quien ha tenido el valor cívico de proclamar que sería "una muestra inconcebible de estrechez mental hacerla desaparecer por mezquinos resabios". Las otras pretendidas razones para echarla abajo, desde las estéticas a las urbanísticas, pasando por las puramente económicas, tampoco son de recibo, como demuestra ampliamente el manifiesto "En defensa de la Aduana", puesto a la firma de los gaditanos en estos días, y que ha sido promovido por un numeroso grupo de personalidades de la cultura, del arte y de la universidad, unidas en la protección del patrimonio arquitectónico de todos.

6

opinión

Lunes 22 de Octubre de 2007 • DIARIO DE CÁDIZ

Cádiz tiene la suerte, no compartida por otras ciudades andaluzas cercanas, de contar con una alcaldesa a la que nadie podría suponer afectada por esos males tan extendidos hoy de la estrechez mental y los resabios mezquinos hacia el pasado reciente. Por eso y porque ha demostrado siempre su aguda sensibilidad hacia las causas que la ciudadanía gaditana siente como suyas es por lo que creo que aún cabe la esperanza.